

se acabó; y en levantando los manteles, llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil, asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta, descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabon napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote; el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debía ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos, lavar las barbas; y así, tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero; tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza. El duque y la duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le habia acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor Don Quijote esperaria. Hizolo así, y quedó Don Quijote con la mas extraña figura y mas para hacer reir que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veían con media vara de cuello mas que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de jabon, fué gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenían los ojos bajos, sin osar mirar á sus señores; á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabian á qué acudir: ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibían de ver á Don Quijote de aquella suerte. Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á Don Quijote; y luego, la que traía las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y, haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querían ir; pero el duque, por que Don Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: "Venid, y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua." La muchacha, aguda y diligente, llegó y puso la fuente al duque, como á Don Quijote, y dándose priesa, le lavaron y jabonaron muy bien, y, dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Despues se supo que habia jurado el duque, que, si á él no le lavaran como á Don Quijote, habia de castigar su desenvoltura, la cual habían enmendado discretamente con haberle á él jabonado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: "¡Válame Dios! si será tambien usanza, en esta tierra, lavar las barbas á los escuderos, como á los caballeros! porque, ¡en Dios y en mi ánima, que lo hé bien menester! y, aunque si me las rapasen á navaja, lo tendria á mas beneficio.—¿Qué decís entre vos, Sancho? preguntó la duquesa.—Digo, señora, respondió él, que en las córtes de los otros principes, siempre he oido decir que, en levantando los manteles, dan

Lam. 23



se acabó, y en levantando los manteles, llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil, asimismo de plata, y la otra con dos blancas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta, descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabón napoleón. Llegó la de la fuente, y con gentil dombre y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote; el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante usanza, creyó que debía ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas, y así, tendió la cabeza todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó a llover el aguamanil, y la espuma del jabón le manchó las barbas con mucha pússa, levantando copes de espuma, que no eran menos blancas las jaquetas, no solo por las barbas, mas por el rostro y por los ojos del obediente escudero, tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza. El duque y la duquesa, que nada desto eran sabedores, estaban esperando en qué había de parar este extraordinario lavatorio. La doncella barbaera, cuando le tuvo con un palmo de distancia, fingió que se le había acabado el agua, y mandó a la del aguamanil que se fuese por ella, que al señor Don Quijote esperaría. Hízolo así, y quedó Don Quijote con la mas extraña figura y mas para hacer reír que se pudiera imaginar. Mirárale todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veían tan triste de su lin, mas que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas tan blancas, fue gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa, y los señores de la corte tenían los ojos bajos, sin osar mirar a sus señores; á ellos se les escapaba la risa, y la risa en el cuerpo, y no sabían á qué acudir; ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibían de ver á Don Quijote de aquella suerte. Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y comenzó á lavar á Don Quijote; y luego, la que traía las toallas le cubrió y le cubrió muy respetadamente, y, haciendo todas cuabó á la par una grande y profunda inclinación y reverencia, se querían ir; pero el duque, por que Don Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: "¡Vá! y lavadme á mí, y mirad que no se acabe el agua." La muchacha, obediente y diligente, llegó y puso la fuente al duque, como á Don Quijote, y dándole la toalla, se lavaron y jabuaron muy bien, y, dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Después se supo que había jurado el duque, que, si á Don Quijote le pasaba como á Don Quijote, había de castigar su desenvoltura, la cual habían encajado discretamente con haberle á él jabuado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: "¡Valame Dios! ¡si será tambien usanza, en esta tierra, lavar las barbas á los escuderos, como á los caballeros! porque, ¡en Dios y en mi ánima, que lo hé bien menester! y, aunque si me las rapasen á navaja, lo tendria á mas beneficio.—¿Qué decís entre vos, Sancho? preguntó la duquesa.—Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros principes, siempre he oido decir que, en levantando los manteles, dan

Lám. 23.



Antonio Carniero la inv. y dibujo.

Joaquín Labregat la grabó.